



La Conquista de Málaga.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

(1487.)

I.

Muchos van los capitanes,
muchos y los mas bizarros,
bien templada la armadura,
mejor los pechos templados.
Y no en esta parte ceden
ni en generoso entusiasmo
los que siguen sus banderas,
muy valerosos soldados.
Tiene su crecido número
en estas cifras descanso:
cuarenta mil los infantes,
doce mil los de á caballo.
Aunque aventaja á esta cuenta,
otra que suspende el ánimo,

si por el valor se estiman
ya no es posible contarlos.
Forma una hueste famosa
el sitio mas avanzado;
la flor de la Andalucía
son sus guerreros, por bravos
á los demás aventajan;
su jefe á los mas preciados.
Marqués, le dicen, de Cádiz,
y el mas temido vasallo
de los Católicos Reyes,
la derrota en el amago
de su formidable lanza
cuentan siempre sus contrarios.
Una cruz que el aura besa
sobre el armiño del manto .

recamada y roja luce
el gran Maestre de Santiago.
Quizá de los de su órden
sería el mas esforzado,
si no acreciera sus filas
el imberbe Garcilaso,
aunque por la faz bisoño
por el valor veterano.
Va del marqués de Villena
el descendiente preclaro;
su título inmortalizan
de las musas los encantos.
¿Y quién con tal gentileza
monta el corcel mas gallardo?
El de Aguilar que muy luego
le han de hacer mas señalado
las inmarcesibles glorias
del gran Capitan, su hermano.
Rige con fiera arrogancia
á los héroes castellanos
Iñigo Lopez Mendoza,
quien tiene un precio doblado;
á los mas en valentía
supera, á todos por sábio.
Y el conde de Benavente
y el de Cabra y otros varios
que parecieran por grandes
mucho para ser vasallos.
Ante un tan brillante ejército
suspéndese arrebatado
el génio de las batallas
y agota pródigo el mármol;
¡si el capitan es un héroe,
héroe tambien el soldado!
Y á todos guia al combate
el católico Fernando,
por su nobleza, un Alfonso;
por su constancia, un Pelayo,
que, si á cien baluartes osa
con su aliento sobrehumano,
de los cien se enseñoera
á la victoria cansando.
Y á Guadix, Ronda y cien pueblos
que se cubrian del bárbaro
turbante, á todos subyuga;
¡arma el Supremo su brazo!
Mas le resta un baluarte
para herir á su adversario
de muerte, y contra él se arroja.
¡Plaza á los héroes cristianos!

II

Espéjase la belleza
de la encantadora Málaga
en las apacibles olas
que se rizan á su planta.
En su tímido murmullo
sorprende atónita el alma,
el suspiro de una endecha,
ó el propagarse de un arpa,
en la pacífica noche
la débil nota llorada.
Porque al acercarse altivas,
pero en el reflujo lánguidas,
aunque la besen, muy pronto
no volverán á besarla.
Y espéjase en el concierto
que, con sus lenguas arpadas,
las vistosas avecillas
celebran en la enramada,
y en la pureza del cielo
el mas alegre de España,
y en las primorosas flores,
con que se muestra engarzada,
y en el perfumado ambiente
y en sus dulcísimas auras.
Cíñese por estremarse
en atavíos de gala
con un collar opulento
de caudalosas montañas,
cuyos dóciles declives
recamados de esmeraldas,
á ningun fruto se niegan,
con toda flór se regalan.
Le hacen las naves atando
su costa á las mas lejanas,
el emporio del comercio
con Levante y con el Africa.
Su poder con dos castillos
todo poder pone á raya;
el colosal Gibralfaro
sobre un monte se levanta;
á toda energía asombran
sus torres, labor titánica.
Tal sobrepuja en medida
la mayor á la mas alta
que cierra audaz el camino
al raudó vuelo del águila.
Mensajeras de la muerte
son las flechas arrojadas,

pero la muerte les hurta
la fatigosa distancia;
tampoco le dan alcance
las imponentes lombardas;
libre, pues, se encuentra al daño
de las impelidas armas.
Los pertinaces arietes
son vanos á herir su fábrica,
y ante su altura flaquean
las atrevidas escalas.
Mas cñese Gibralfaro
por un lienzo de murallas
á otro castillo mas hondo,
no mas fuerte, la Alcazaba;
y que está en su goce el triunfo
piensa el prudente monarca,
¿mas pondrá su fortaleza
límites á su pujanza?
No, que al pecho de valientes
y españoles mejor cuadran
en la resistencia el llano,
embistiendo la muralla.
Y al horizonte despierta
noventa veces el alba
enrojecida en los fuegos
del sitio su tibia grana.
Y en la lucha los cercados
si rinden una pulgada
de tierra, á los vencedores
para sus muertos les falta.
Que los mas grandes imperios
que en el mundo se agigantan
han alentado á la historia
en cunas ensangrentadas.
No cede un día sin lucha,
los ánimos no desmayan,
y mientras ánimos quedan
el hierro al hierro no ablanda.
Porque es una lucha á muerte
de dos enemigas razas
cuyo odio ruge en el pecho
en hirvientes cataratas.
Son dos gigantes que intentan
con indómita arrogancia,
fijar la planta en un suelo
donde no caben dos plantas;
y dan apoyo á dos mundos
sus atléticas espaldas.
El acero y la diadema
del uno la cruz rematan,

que es bien que á la cruz se rinda
lo que por la cruz se gana.
Su rival, un yugo al orbe
ominoso imponer trata;
¡vióse Europa del turbante
al peso bamboleada!
Que empequeñecen la tierra
del agareno las ansias
y la tumba de Pelayo
no sufre agarena marca;
y al reto los dos se arrojan
que es lucha muy empeñada
la del leon de Castilla
con la pantera africana.
Nunca fragor mas tremendo
al despeñarse resaltan,
una avalancha que cierra
al choque de otra avalancha.

.....
.....
.....

III

Un atronador aplauso
por los aires se dilata.
—¡La Reina! ¡Viva la Reina!
Llega Isabel ¡ay de Málaga!
El ángel de la victoria
adonde va le acompaña.
¡Animo! ¡Sus! Al combate
¡Sus! ¡Santiago! ¡Calatrava!
¡La Virgen y Covadonga!
gritos de la fé cristiana
—¡Alá, Alá! ronco el rugido
llevan los ecos en alas
de la legion de Gomeles,
mercenarios que Hamet manda.
Y estrepitosas retumban
las cien mortíferas máquinas,
y en mil proyectiles rompen
de su centro las lombardas.
Responde la artillería
de los muros, y las balas
rasgando el espacio hienden
cotas y pechos taladran.
Rotos en pedazos ruedan
los cascos y las corazas,
á un ¡ay! responde el acento
colérico de venganza,

y por los rajados pechos
la corriente se desata
enrojecida, que rompe
al piélago tributaria.
Revienta en hondo la mina,
al muro el cimienta falta,
y el polvo que se desprende
ciega á los ciegos de saña.
Suenan una voz dominante:
—A la brecha las escalas.
Y los guerreros se arrojan:
un paso cejan, cien ganan,
que aunque la muerte allí impere
ésta no todo lo abarca.
—¡Animo, adelante!—Llegan,
las flechas enarboladas,
los dardos, los arcabuces
con enorme estrago, matan.
Gruesas moles de granito
que el impulso fuerte arranca
de cuajo, ruedan, arrollan,
rompen, derriban, aplastan.
Las pilas de los cadáveres
el foso profundo sacian:
mas no hay quien tenga el torrente
de las legiones cristianas,
que abre un guerrero el camino
al empuje de la audacia,
haciendo presa en el muro
con la vacilante escala.

Se oye un grito. Juan de Ortega
vacila, cae, se levanta
moribundo, en el adarve
los régios pendones clava.
—¡Victoria!—repetir quiere;
la muerte se le adelanta.
Se recrudece el combate
cuerpo á cuerpo en la muralla,
y se cruzan los aceros,
y cruge la cimitarra,
en los petos, y en los cráneos
recrujen fulmineas hachas.
Y una trinchera de hierro
opone á toda esperanza
Requesens, el gran marino,
con sus naves aferradas.
Cede al fin la fortaleza.
En la mezquita de Málaga
pesa la cruz, y se rinde
Gibralfaro á la constancia.
Y un himno entonan al cielo
los Católicos monarcas,
al romper la media luna
sobre las frentes bastardas
Y ven pasmados sus ojos
á la encantadora Málaga,
muy bella del agareno,
pero mucho mas cristiana.

N. M.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRESA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANO,
Bordadores, 7.